

EL MATRIARCADO EN ALGUNAS NOVELAS MENDOCINAS CONTEMPORANEAS

Marta Elena Castellino

Introducción

Si entendemos por "matriarcado" cierto orden social primitivo, en el cual la autoridad familiar era ejercida por la mujer, vemos que su realidad hunde raíces en la noche misma de los tiempos. Mircea Eliade ve en esta forma de organización social una relación con cierto estadio en la historia religiosa de la humanidad. Así, se resalta su vinculación con la idea de la "tierra madre", símbolo de fecundidad y por lo tanto, indudablemente, con la Pachamama indígena sobre cuya vigencia en nuestros campos, insospechadamente perdurante, nos ilustra Draghi Lucero.

Es decir que la conciencia matriarcal que pueda existir en el hombre mendocino se proyecta hacia los más remotos orígenes mítico-religiosos de la humanidad, entronca con la tradición precolombina y su culto de la "Madre de los multiplicos", a la vez que se enraíza en la profunda y universal vivencia del amor filial. La figura de la madre preside, generalmente, el universo del niño desde los más

tiernos años, como que es la mujer quien propiamente sostiene la familia, a través de su papel de educadora y de custodia de los valores tradicionales.

A pesar de todo, no deja de llamar la atención el hecho de que en novelas mendocinas que retratan sociedades relativamente contemporáneas (no anteriores a la primera mitad del siglo XX), ya sea a través del discurso evocador de un protagonista que narra su infancia o de la diégesis de un narrador que en ocasiones asume la óptica de sus personajes, se encuentre una huella tan notoria de esta concepción matriarcal. Otras circunstancias históricas (por ejemplo la guerra que arrebató a los hogares sus cabezas masculinas) hubieran hecho más lógica y esperable una concepción de la estructura social con predominio de lo femenino. Pero no es tal el referente histórico-social concreto de estas novelas, lo que nos habla de formas de pensamiento profundamente arraigadas. Es indudable que subyace en el trasfondo de la creación una serie de elementos que resulta interesante constatar, así como también las diversas modulaciones que adquieren en cada uno de los autores y obras que se proponen como objeto de este estudio: *La viña estéril*, de Abelardo Arias; *La cabra de plata*, de Juan Draghi Lucero; y *Nunca viviremos en primavera?*, de Javier Pacheco.

Prolegómenos

Mircea Eliade, profundo estudioso de las religiones, señala cómo, en el devenir histórico, el hombre va alejándose paulatinamente de la figura del dios único, creador, asimilado con la idea de lo celeste. Aun sin perder la fe en él, reserva para los casos más extremos la impetración de su ayuda: otras fuerzas naturales se han interpuesto en su concepción religiosa¹.

¹ "[...] en estas religiones primitivas, el Ser Supremo celeste parece haber perdido la 'actualidad religiosa': está ausente del culto, y el mito nos lo muestra retirándose cada vez más lejos de los hombres [...]. Con todo, los hombres se acuerdan de él y le imploran en última instancia, cuando todas las gestiones

Dice así el escritor rumano:

"El 'alejamiento divino' traduce en realidad el creciente interés del hombre por sus propios descubrimientos religiosos, culturales y económicos. A fuerza de interesarse en las hierofanías de la Vida, de descubrir lo sagrado de la fecundidad terrestre y de sentirse solicitado por experiencias religiosas más 'concretas' (...) el hombre primitivo se aleja del Dios celeste y trascendente".²

Destaca asimismo que el descubrimiento de la agricultura transforma de modo radical no sólo la economía del hombre primitivo sino, ante todo, su economía de lo sagrado, al llevar a un primer plano religioso la mitología de la Tierra y de la mujer, asociadas por la idea de la transmisión de la vida, de la fecundidad³. No se trata ya de divinidades soteriológicas (papel reservado exclusivamente a los dioses uranios), pero son sumamente poderosas, en cuanto representan las energías vitales del mundo; hay así en ellas una "desespiritualización", que representa un descenso en la concepción religiosa del hombre.

Gran cantidad de ritos se asocian con estas divinidades terrestres, relacionados por igual con el cultivo de la tierra y con los momentos culminantes de la vida humana: nacimiento y muerte. Esta "solidarización mística" de la mujer con la tierra⁴ se relaciona también con un cambio en la

hechas cerca de los otros dioses y diosas, antepasados y 'demonios' han fracasado." En: Mircea ELIADE. Lo sagrado y lo profano. Barcelona. Guadarrama. 1981.p. 108.

2 Ibid. p. 109.

3 "Las divinidades que, entre los primitivos, sustituyeron a los dioses de estructura celeste eran (...). divinidades de la fecundidad, de la opulencia, de la plenitud vital; en resumen, divinidades que exaltaban y amplificaban la Vida, tanto la cósmica -vegetación, agricultura, reñosa- como la vida humana". Ibid. p. 110.

4 "La mujer está (...) solidarizada místicamente con la Tierra:

estructura de los pueblos primitivos:

"El fenómeno social y económico conocido con el nombre de 'matriarcado' está vinculado al cultivo de las plantas alimenticias por la mujer. Fue la mujer la que cultivó las plantas alimenticias. Por tanto, era natural que pasara a ser la propietaria del suelo y las cosechas. El prestigio mágico-religioso y, como secuela de éste, el predominio social de la mujer, tienen un modelo cósmico: la figura de la Tierra-Madre"⁵.

Esta, en su versión americana, no es otra que Pachamama, "Madre Tierra" o "Madre de los multiplicos", como la denomina Draghi Lucero, haciéndose eco de las palabras de campesinos, remotos descendientes de los huarpes lavalinos, con quienes se documentó ampliamente a lo largo de su vida de folklorista, historiador y literato.

Precisamente este escritor mendocino propone algunas interesantes hipótesis para ilustrar aspectos particulares del fenómeno que nos interesa. Nuestros lejanos antepasados huarpes -posiblemente un "mitimae" trasplantado por los incas como muro de contención frente al imperio araucano- eran una sociedad eminentemente agraria, que tenía en el cultivo del maíz una de sus principales fuentes de subsistencia. La llegada de los españoles no modificó la faz agrícola del territorio mendocino, antes bien, la afirmó con la introducción de otros cultivos, como la vid, el trigo, los frutales...que pronto comenzaron a ser exportados a diversos puntos del país (fundamentalmente Buenos Aires) con lo que se sentaron las bases de una floreciente economía

el parto se presenta como una variante, a escala humana, de la fertilidad telúrica. Todas las experiencias religiosas en relación con la fecundidad y el nacimiento tienen una estructura cósmica. La sacralidad de la mujer depende de la santidad de la tierra. La fecundidad femenina tiene un modelo cósmico: el de la 'Terra mater', la 'Genetrix' universal." *Ibid.* p. 124.

⁵ *Ibid.* p. 125.

de base agrícola.

La colonización de esta tierra no cambió pues, en lo sustancial, la organización económica precolombina; incluso heredó de ella ciertas pautas, como el regadío artificial, a través de canales. Tampoco pudo sustituir del todo, a través de la evangelización, ciertas creencias paganas enraizadas en la realidad agrícola de la región. Pachamama siguió viviendo largos años, relegada no obstante ante un nuevo símbolo religioso de naturaleza femenina: la Virgen María (hasta podemos conjeturar que, para la mentalidad primitiva se operó uno de esos sincretismos, tan comunes por otra parte a la configuración espiritual de nuestro continente americano, "mestizo" por excelencia; simbiosis de ambas figuras, basada en su común papel de Madres, no sólo de un Hijo sino, simbólicamente, de toda una nueva humanidad). Lo cierto es que, si hemos de creer a Draghi Lucero -y su palabra de ferviente y documentado buceador de nuestras tradiciones nos merece suficiente fe- la creencia en Pachamama aún perduraba hasta hace poco tiempo, reducido su dominio ancestral a un estrecho marco geográfico (centrado en el hábitat huarpano de Huanacache en un tiempo, disperso ahora dentro del radio de influencia de las lagunas del Rosario, en los puestos que las circundan), quizás desconocido en su origen y aún en su nombre indígena, pero conservando intactos sus poderes de dadora de vida, como la saluda nuestro autor: "Pachamama, la matriarca de piedra caminante, desvelada peregrinera de la Vida (...) preside el alumbramiento de los manantiales, el múltiplo de los camélidos precolombinos y de cabras y ovejas de la América mestizada."⁸

Y agrega su supervivencia a través del arte de la cestería huarpana, creyendo ver en la peculiar concepción de los cestos que tiene esta artesanía tradicional (conservada en el norte de la provincia) una reminiscencia del culto a la fecundidad, un eco ritual, seguramente ya olvidado de su origen mítico pagano, pero que aún perdura entre

⁸ Juan Draghi LUCERO. La cabra de plata. Buenos Aires, Castañeda, 1978, p. 184.

los humildes descendientes de los primeros pobladores del desierto lavallino⁷.

Ahora bien, Draghi -teorizador de la historia y el folklore- señala este papel predonderante de la Matriarca en la vida de la primitiva sociedad comarcana. ¿De qué manera lo plasma en su propia obra?

¿Matriarcado o patriarcado?: "La cobra de plata"⁸ de Juan Draghi Lucero

A medida que avanza el relato, una concepción vitalista toma cuerpo en las páginas de la novela, para declararse explícitamente al final⁹, asociada tanto con la mujer como con la tierra:

"Todos los ánimos empujaban al enamorado al desafío de todos los imposibles en la conquista amorosa (...) Y se sumaban a su fiesta el Ande, ahora más azuloso; el cielo adornado con nubes rosadas; las lejanías azulinas entre verdores. Y los remolinos de tierra huarpe, levantados por el Zonda indiano, se abrazaban,

7 Esta es otra interesante hipótesis aportada por Draghi y tiene origen en su frecuentación de humildes puestos campesinos: solicitando la confección de uno de los cestillos tan típicos de la artesanía huarpe (hechos de junco, su secreto tramado los habilita para transportar agua sin dejar perder ni una gota) recibía por parte de las mujeres -custodias de esa tradición- una sugestiva pregunta: "¿Con cuántos hijitos?" -que así se denomina a los pequeños cestitos que rodean el recipiente mayor, asegurados a él por medio de una faja de lana alegremente coloreada-. Esto ha habilitado al estudioso a suponer una relación entre la cestería, con su representación del vientre materno, y el culto a Pachamama, precisamente la diosa de la fecundidad. Así, cree ver en los canastillos de Huanacache una supervivencia ritual, ya olvidada de sus orígenes míticos, paganos. Entrevista personal, setiembre de 1988.

8 Ed. cit. 325 p.

9 Cfr. pp. 316 ss.

enroscados en la Danza de la Vida.¹⁰

Hemos visto que esta concepción vitalista se asocia tradicionalmente con divinidades de la fecundidad, como la Pachamama indígena largamente aludida en esta novela; igualmente, se asocia con organizaciones de tipo matriarcal. Sin embargo, cuando el autor se refiere explícitamente a la conformación del núcleo familiar en *La cabra de plata*, retrata una sociedad basada más bien en la figura del patriarca; concretamente, el viejo cabrero Peletay, depositario de un verdadero tesoro de sabiduría popular y tradicional, con variedad de matices que van desde una medicina empírica basada en el conocimiento de las propiedades curativas de las hierbas silvestres, hasta el dominio de un vasto repertorio de coplas y romances, repositorio de poesía popular que es verdadero tesoro de los iletrados¹¹.

La relevancia que en este caso cobra el cabrero Peletay puede explicarse en tanto la novela presenta una sociedad pastoril, superpuesta a otra que en este caso paradójico resulta de tipo agrario: la evolución cultural de los pueblos suele mostrar el fenómeno inverso, bien que en este caso confluyen una serie de causas, que el mismo Draghi expone en el prólogo¹².

10 *Ibid.* p. 325.

11 "Avanzaba el viejo como real cabeza de familia, al frente de la armada fila. Sí, ahí venía el mestizo cabrero encabezando a los suyos, y se le antojó al profesor que traía un aire de aplacada fiereza". *Ibid.* p. 138. Y "Al pasar la corte caravana por frente al profesor escondido, vio éste, con hondura de ojos y de entendimiento, que desfilara una unidad familiar cargada, portando el trascender del sagrado lar." *Ibid.* p. 139.

12 El creciente aprovechamiento de los ríos Mendoza y San Juan para riego, coincidente con la expansión de la industria vitivinícola a fines del siglo pasado, determinó el paulatino desecamiento de las lagunas de Huanacache y la desaparición de aquel grupo indígena que basaba su riqueza en la cría de animales, pero más aún en los cultivos de trigo y maíz. "Pero el viejo paraíso huarpe y mestizo fue reduciéndose a un impresionante secal que bate y quema un sol implacable". *Ibid.* p. 10.

Así, la única posibilidad de subsistencia lo representa en la actualidad la cría de ganado rústico, fundamentalmente caprino.

No obstante, el discurso novelesco va configurando lentamente una contrapartida femenina: la humildísima Baltasara, precisamente en razón de esa misma sumisa y desdibujada condición que el narrador le asigna, no asume en forma notoria su papel de matriarca. No es cabeza de familia, aunque tiene una especie de ahijado o protegido, y es una oscura sirvienta, casi confundida con la tierra. Pero una relectura atenta nos permite ver hasta qué punto se cumplen a través de ella algunos de los roles inherentes a la figura femenina mítica: el de conservación de la tradición y el de arraigo en la tierra. Y, sin ser fecunda ella misma, hasta podría decirse que resulta intermediaria de la fecundidad, dadora de vida a través de su desempeño en humildes menesteres, como el de alimentar al protagonista o cuidarlo en su enfermedad. Más aún, es ella quien, a través de ciertos discursos que a primera vista parecen alterar un tanto la unidad novelesca pero que pronto revelan su papel en la economía total de la creación, inicia al profesor en los misterios de la tierra. Así por ejemplo, su amorosa descripción de los árboles comarcanos¹³. También resulta lógico que ella, enraizada en la tierra tanto como en el mundo mágico de las creencias primitivas, sea la encargada de levantar en parte el velo de sus secretos. Baltasara impide la destrucción del "Arbol familiar", pensada por el pueblero, desconocedor de su valor totémico; es la misma mestiza quien motiva la presencia de Pachamama en la vivienda rústica y quien comienza a hacer patente su poder ante los ojos del recién llegado a ese mundo poblado de esencias mistericas, sutiles.

La novela de Draghi Lucero no oculta, antes bien revela, la posibilidad de una lectura de tipo simbólico-mítico, sumada a las otras dos dimensiones interpretativas previas: la de su simple hilo argumental y la de su valor documental, reflejo de un mundo arcaico que aún supervive, es cierto que anacrónicamente, entre nosotros. Son hasta explícitas las referencias que validan esta vinculación del matriarcado como concepción previa a la ficción novelesca.

13 Cfr. Ibid. pp. 176-177.

Más difícil resulta, empero, su rastreo en escritores cuya cosmovisión refleja otras ópticas: quiebras en la concepción religiosa, en el caso de uno de ellos, un catolicismo militante en el caso del otro.

*La matriarca y el simbolismo vegetal: "La viña estéril" de Abelardo Arias*¹⁴

No es éste el único caso en que Arias recurre a una metáfora vegetal para titular una de sus novelas y para condensar el contenido de la misma (recordemos su conocido libro *Alamos talados*¹⁵). La matriarca es aquí la abuela Alcira, viña fecunda en cuanto ha dado origen a una familia. Es necesario destacar este papel de la anciana, no como simple madre de seres individuales, sino como fundadora de una estirpe o, al menos, como su conservadora; no basta dar a luz físicamente (de hecho, la otra figura de madre que aparece en la novela resulta, en razón de su misma maternidad, un ser tremendamente vulnerable); es necesario convertirse en guardiana y custodia de la tradición familiar, especie de tronco erguido en medio de la casa. Se hace patente así otra reminiscencia mítica, la del poste que colocado en medio del hogar primitivo significa tanto su arraigo en la tierra como su apertura a lo alto, lo trascendente¹⁶.

Y en el discurso novelístico, también el símbolo de continuidad de la tradición familiar es de madera (asociación inevitable con el tronco que le dio origen): un bastoncillo que la abuela Alcira guardó celosamente, luego de recibirlo de manos del tatarabuelo Martín, verdadero fun-

14 Abelardo ARIAS. La viña estéril. Buenos Aires. Sudamericana, 1978. 254 p.

15 También aquí aparece una figura femenina con indudables calidades de matriarca, pero he preferido centrarme en la primera de las novelas citadas, pues presenta mayor variedad de matices en relación con el tema estudiado.

16 Cfr. Mircea Eliade. Op. cit. pp. 51-52.

dador de la estirpe y que ha perdurado, ha echado raíces en la vida y en la historia, a través de esta mujer enérgica. Cuando ella entregue este adminículo, en apariencia trivial y sin valor, a su nieto, ella cumplirá sin duda un gesto ritual, cuyos alcances no se le ocultan:

"La mano se distendió, abandonó el mango y se deslizó con algo de caricia sobre la madera. De nuevo, tenía sentado a Martín, su marido. Un solo nieto, un solo varón. Aquí terminarían o renacerían los Aranda.

-Te gusta este bastón?

-Sí, abuelita, es muy hermoso.

-Era de Martín, tu tatarabuelo. Algún día, te lo dejaré a vos, y vos se lo dejarás a tus hijos. Siempre estuvo en manos que hicieron lo posible, con la gracia de Dios, por ser limpias..."¹⁷

Este bastón es el que ha servido a la anciana para diferenciar, en el jardín de su casa, los renuevos fuertes y sanos, de los enfermos o degenerados; simbología que la propia mujer aplica, en un tramo de la novela, a sus descendientes:

"Alcira echó a caminar apoyándose, sin necesidad, en el bastón con mango de plata, que le servía para señalar tareas y hurgar macizos de plantas u hormigueros. Se detuvo ante una rosa mosqueta; como abstraída en la tarea de huronear en la planta, dijo:

-Aunque dos tientos sean del mismo cuero, se nota más cuando uno está enchapado en oro... Pero, también, es cauto averiguar qué hay bajo el enchapado; sería inútil si el cuero estuviese podrido, no te parece, hijito?"¹⁸

¹⁷ Abelardo ARIAS. Op. cit. pp. 134-135.

¹⁸ Ibid. p. 76.

Con estas palabras, llenas de sabias resonancias, de significados ocultos, ella comienza a gestar un acercamiento con Martín, el vástago en quien ha puesto sus esperanzas¹⁹; la comunión entre ambos se sella a partir del proyecto de instalación de una fábrica de aceite, por la que el muchacho, con sus estudios cursados en Europa, pensaba insuflar aires renovadores a la explotación agrícola familiar.

Pero está Diana, la otra nieta de Alcira y que resulta la "viña estéril" aludida en el título, ya que se separa del suelo natal arrastrando en este desarraigo a Martín. Como la abuela, Diana se siente en un principio ligada a la tierra, pero en ella prima absolutamente lo carnal, lo físico (el autor nos brinda un ser complejo, torturado, cuyas últimas motivaciones no siempre resultan claras). Esa carencia de un soporte espiritual se contagia a su primo y lo envuelve en una pasión que aleja a ambos del solar nativo:

"Volverían cuando ya se les hubiera resecado el cuerpo, viña quemada por las heladas; cuando todo se hubiera disgregado, resquebrajado y hundido."²⁰

Luego, será necesaria una muerte, como ritual de purificación, inicio de una nueva vida, para que esos dos Aranda retomen la comunión con el suelo natal; así parece al menos augurarle la abuela Alcira:

"Ya volverán, Tiburcia. La tierra nos llamará juntos a ellos y a mí. La tierra, nuestra tierra, siempre llama. Yo no los veré, pero vos sí. Mi ida servirá de llamado para ellos."²¹

19 "Martín quedó pendiente de sus ojos negros, más brillantes en el atardecer. Nunca le había hablado de ese modo y no lo creía capaz de ello. Nunca, tampoco, se había encontrado tan cerca, humanamente, de esa persona que le infundía mezcla de respeto y reverencia". *Ibid.* p. 77.

20 *Ibid.* p. 244.

21 *Ibid.* p. 248.

Diana y Alcira guardan entre sí algunas semejanzas y grandes diferencias; las primeras componen un mismo tipo de matriarca, que descubre Martín:

"-Puede que las dos hayamos vivido equivocadas, eso es muy común entre las mujeres... -del mismo temple- terminó Martín, marcando la palabra final que le sonó desusada."²²

Como la abuela, Diana expresa al comienzo una firme voluntad de conservar el legado de sus mayores, simbolizado por la casa familiar²³. Pero en ella este deseo no es capaz de sobreponerse a las pruebas, es "un pacto que rompe el terremoto" mientras la abuela reconstruye lo destruido, ella "Aunque le hubiera costado poco arreglarlo, había demolido el edificio; regaló todo, salvo libros y discos."²⁴ Así afirma, paralelamente, su voluntad de alejarse; sus debilidades le impiden consumir su destino de matriarca, al que la predisponían su fuerza, su capacidad dirigente, su bravura... No será capaz, como Alcira, de fundar una familia.

La abuela cumple con sus funciones de matriarca cuando vela sobre el destino de sus descendientes (el tabú del incesto parece acechante); pero al final de su vida se pregunta si ha obrado rectamente o si, por el contrario, ha torcido la Providencia Divina. Ella es, para su nieto, la encarnación de los valores religiosos, pero esta tutela resulta impotente para alejarlo del mal; del mismo modo que, cuando niño, un rosario colgado en la cabecera de su cama a semejanza de la de su abuela no bastaba para alejar a Martín de malos pensamientos y acciones, la sanción moral de la anciana no bastó para impedir su unión con Diana, "rama podrida" del árbol familiar. Ante este fracaso, la anciana conserva empero la esperanza de reconstruir

²² Ibid. p. 208.

²³ Cfr. Ibid. p. 86.

²⁴ Ibid. p. 218.

su linaje (en cierto sentido, éste comprende a todos aquellos, sirvientes y peones inclusive, que viven bajo su tutela):

"Salió dispuesta a retomar, punto por punto, la malla deshilachada de su gente. Siempre habían sabido entenderse: plantación a plantación, cosecha a cosecha, granizo a granizo, helada a helada, temblor a temblor. Era cuestión de saber querer y comprender las mismas cosas (...) Esta vez no lograría componer la malla, un falso remiendo; pero necesitaba creer para poder vivir..."²⁵

El discurso interior del personaje recae una y otra vez en la idea de muerte, que se asocia tanto como el arrepentimiento por sus faltas (orgullo, egoísmo, el no haber hablado a tiempo, el haber fingido ignorar...) como con el presentimiento de la destrucción que su muerte acarreará a la casa: "Todo lo que era suyo o había sido de su gente. Había sido... En las manos inhábiles de Tiburcia todo se derrumbaría: el bíblico gigante con pies de barro."²⁶

¿Fracaso de la matriarca?

La esperanza trascendente: ¿"Nunca viviremos en primavera"?
de Javier Pacheco²⁷

La novela de Pacheco aporta una respuesta diferente.

Pueden señalarse algunas características comunes en el tratamiento de la figura femenina, si bien con una modulación particular y una intensificación de sentido que son coherentes con el mensaje que el texto entero postula.

25 *Ibid.* p. 247.

26 *Ibid.* p. 247.

27 Javier PACHECO. ¿Nunca viviremos en primavera?. Mendoza, Círculo de Amigos, 1982. p. 14.

La "abuela Juana" -denominada así aunque en rigor es la bisabuela del narrador protagonista, huérfano de padre y madre- es con toda propiedad y derecho, la verdadera matriarca. Cabeza de la familia, extiende su influencia sobre todo el personal allegado a la finca, cuando no sobre el mundo entero. Estas virtudes extraordinarias de la anciana son presentadas desde el comienzo de la novela por el narrador, con toda la inocencia de sus pocos años:

"Hablo de mi bisabuela, doña Juana Quesada viuda de Videla, la dueña de la finca La Solita, suegra de mi abuela, doña Rosa Pacheco viuda de Videla, la mamita para todos nosotros. Desde la muerte de mis padres, en un descarriamiento del tren de Buenos Aires al Pacífico, hace cinco años, la mamita, que es mi madrina, también es de hecho mi tutora, como lo es de mi hermano mayor, Alejandro y de mi hermanita menor Lola (...). Mas, la que manda todavía en la casa es la abuela Juana, un sarmiento ennegrecido por las heladas de los años, una pasa curtida por el sol de las adversidades."²⁸

Ella dispone con disciplina férrea los asuntos familiares, desde los más triviales y domésticos, como la puntualidad a la mesa²⁹, hasta los más serios, que hacen al manejo total de la propiedad, si bien éste descansa aparentemente en las manos de uno de sus yernos, don Joaco:

"(...) Es cierto que es él quien lleva las riendas de los negocios de la finca; pero, ante la abuela, no chista.

Yo creía antes que le tenía miedo, como nosotros los chicos, al chicote cortito que

28 Cfr. Ibid. p. 12.

29 Ibid. pp. 15-16.

la abuela usa siempre tomado del cinturón de cuero, junto a su rosario. Pero el Arturo me explicó que su padre tenía que tolerar 'los desmanes de la vieja' porque ella todavía tenía mucha influencia en el pueblo, y porque los peones y cosechadores, 'ignorantes como son' la siguen sin reivindicar sus derechos. Para peor, Pastor y los otros contratistas, en lugar de aceptar las normas de una administración moderna, persisten en consultar a la abuela para cada cosa que hacen."³⁰

Bajo la tutela de la anciana caen fundamentalmente los asuntos que atañen a la moral y a la religión: celosa custodia del orden familiar, "Ella es la que ha hecho casar a Felipe, el ordenador, con Gregoria, la encargada de las gallinas, aunque los dos preferían seguir juntándose de tanto en tanto"³¹. En cuanto a su función de sostén espiritual de la familia, no hay en ella ningún matiz peyorativo como el que podría advertirse en el personaje de Arias. Es una católica de fe inquebrantable y conducta irreprochable, cuya ortodoxia no admite fisuras. El narrador relata una anécdota que completa su semblanza:

"La abuela maneja al cura. El año pasado, cuando la novela de la Asunción de la Virgen, don Lorenzo trajo a un curita joven de la ciudad para que la predicara. Y una noche, estando la iglesia llena de gente, el curita dijo algo en su sermón (...) cuando de repente veo que la abuela se incorpora en su banco y con su voz cascada y penetrante dice: Miente su boca, Padre! Supóngase el revuelo que se armó:

-La habrán excomulgado, no?

30 Ibid. pp. 14-15.

31 Ibid. p. 15.

- Qué va! Todo lo contrario! Al día siguiente, de mañana, se vinieron los dos curas a La Solita (...) y se encerraron con la abuela en la sala. En la galería estábamos reunidos los familiares esperando el resultado del cónclave (...) cuando hizo su aparición la abuela escoltada por los dos curas. Nos quedamos silenciosos, y entonces don Lorenzo nos dijo que 'teníamos una gran suerte al contar con una guía para la familia y para el pueblo tan segura en su doctrina como doña Juana'. Y allí se puso punto final a la cuestión."³²

Adornada con todas estas virtudes matriarcales, la abuela representa la unidad familiar. Su muerte, acaecida en la primera parte de la novela -"Verano"- marca simbólicamente el fin de la etapa idílica de la infancia para el protagonista:

..."Son las quince. La siesta arrecia contra Lavalle. No hay reuniones, no hay comidas, no hay correrías de chicos. El calor del verano se ha hecho presente para dar su último adiós a la dueña de La Solita. Después, el verano y mi niñez, se esfuman por la misma ventana."³³

Aquí se inicia también la dispersión familiar, que se consuma en primer lugar por el viaje de sus descendientes más jóvenes a La Plata, para cursar estudios superiores. Este capítulo platense corresponde a la segunda sección del libro titulada "Otoño" y va perfilando las divergencias de carácter entre los primos, acentuando los valores positivos y negativos de cada personalidad. La crisis de estos vínculos familiares culmina trágicamente en la tercera parte, denomi-

32 Ibid. p. 57.

33 Ibid. p. 18.

nada "Invierno" y ambientada en Chile —el simbolismo de las estaciones, ya preanunciado por el título de la novela, es claro—. La familia parece destruirse cuando sus últimos vástagos se presentan llenos de miserias y bajezas: Arturo, egoísta, frívolo y despilfarrador; Julito, convertido en guerrillero izquierdista...; Ricardo, el protagonista, preso de una cierta abulia y sensualidad... Pero la presencia de la abuela Juana custodia el porvenir de su linaje. Su verdadero heredero es Alejandro Videla: "Así era de duro mi hermano; parecía hijo de la bisabuela."³⁴

Sólo aquel en quien reaparece la esencia de la abuela Juana se "salva", aunque —paradójicamente— muera a causa de un atentado terrorista. Esta tragedia pone a prueba el temple de los hermanos sobrevivientes, medido siempre en relación con la bisabuela; de allí la confesión del protagonista:

"Siempre había tenido a mi hermana menor por una romántica frívola, por una mujer superficial. Y en este momento de suprema prueba, cuando en la cancha se ven los pingos, se me mostraba infinitamente superior a mi derrumbado espíritu en fortaleza. (...) ¿Saldría a la bisabuela Juana? ¿Sería Lola Videla la última representante legítima de la estirpe?"³⁵

34 *Ibid.* p. 138.

35 "El se había buscado este tipo de descanso, sí. Porque si bien era cierto que nunca atacó a las personas, en cambio vivió combatiendo a sus ideas equivocadas. Si se negó sistemáticamente a ocupar ningún cargo público, por no querer colaborar con el Régimen felez y descreído, en cambio tampoco se dignó aceptar los alegatos de los revolucionarios ideológicos, que todo lo querían destruir. Se lo buscó, porque siendo contrario a Perón, nunca fue antiperonista, porque siendo tenido como un 'derechista', no quiso saber nada con las organizaciones terroristas de derecha, porque mantuvo sus amistades personales con dirigentes de la 'izquierda', siendo antiizquierdista, porque siendo católico tradicionalista y practicante no se afilió a ninguna entidad clerical, porque se ganó la inquina de todos los tercermundistas escribiendo

Sin embargo, este dolor también sirve para remover la conciencia, en cierto modo adormilada, del protagonista. El resultado de esta reflexión se plasma en la "Carta a Fede", que epiloga el libro.

Este sobrino Federico es el único sobreviviente del atentado en que murieron Alejandro, su esposa y los otros cuatro hijos de la pareja; constituye asimismo, junto con la promesa de continuidad familiar, la esperanza que postula el libro. Y la cumplirá en la medida en que conserve precisamente esas virtudes tradicionales que comportan el arraigo en una tierra, en un linaje y, sobre todo, en una fe. Comienza en él y con él un nuevo ciclo en la historia de la familia (¿y por qué no, en la historia argentina?, podemos preguntarnos) signado por ese retorno al verano, en que comenzó a rodar el tiempo novelesco; a Lavalle, al solar nativo donde yacen sepultos los antepasados:

"Sé, por Lola, que se van a instalar en la finquita contigua al campo donde tu padre y yo crecimos. Aun cuando la historia no se repita, no deja de parecerme sugestivo que tu ciclo vital empiece donde comenzó el nuestro. Y que, también, coincidentemente, tú seas un huérfano como lo éramos nosotros.

(...) Pero la tierra no te ha desamparado y en ella encontrarás tu más sólida apoyatura. Es tu tierra porque bajo ella descansan los restos de muchos de nuestros ascendientes. La corriente sanguínea, calcinada en ese terruño, se te trasfundirá, espiritualmente, con el calor del verano (...) Y si consigues

artículos en defensa de los derechos 'burgueses' a la vida, a la seguridad y a la propiedad. él, que no tenía más propiedad privada que esa antigua casa hipotecada y el Citroën con el motor rectificado. Se la buscó, sobre todo, porque a pesar de las mil advertencias que recibió, de amigos y enemigos, no creyó, sinceramente, que hubiera nadie interesado en suprimir su poco importante persona. Admirador de Rilke, ha encontrado su muerte propia." Ibid. p. 139.

mantenerte niño campesino en el fondo de tu corazón, a la época en que puedas leer esta carta tendrás un anticipo de la Resurrección, única Primavera verdadera de la vida".³⁶

La riqueza de contenido de esta página trasciende así lo meramente carnal de un linaje físico, para proyectarse a la trascendencia, pero del mismo modo que la gracia supone la naturaleza, es la familia -junto con la tierra, en su sentido de "terra patrum"- la que cimenta su posibilidad. Y en ese aspecto la figura matriarcal, suma y comendando de valores, adquiere un sentido nuevo y superior.

Conclusiones

En este trabajo he seleccionado un corpus necesariamente restringido, aunque espero que resulte lo suficientemente ilustrativo. La hipótesis vertebradora es la que postula la existencia de toda una concepción matriarcal de la sociedad, que se nutre en la propia configuración espiritual del hombre de estas tierras, influida por ciertas particularidades de su existencia como pueblo; en primer lugar el hecho de haber constituido, desde tiempo remoto, una sociedad de tipo agrícola ha favorecido su vinculación con la tierra, asociada a la imagen de madre fecunda³⁷, y por ende, la constitución de una sociedad de tipo matriarcal.

Tampoco se puede desconocer un factor de tipo

36 *Ibid.* p. 199 y 206.

37 Esta idea no se da con igual fuerza -pienso- en la pampa húmeda, donde la principal actividad de subsistencia fue hasta no hace mucho la ganadería. Así, en una típica novela pampeana como es Un Segundo Sombra la tarea de educar al joven Fabio no es ejercida por una figura femenina (las mujeres hacen un desolado papel, a lo largo de toda la obra); su formación, que asume a veces el carácter de una verdadera iniciación ritual, corre por cuenta de un resero (verdadero "shamán" en el sentido mítico religioso del término) quien le enseña las virtudes y colabora a crear en él los hábitos inherentes a su condición trashumante.

cultural, como el verdadero "culto a la madre" que se da en la sociedad argentina, o el hecho de ser éste un país de "mujeres fuertes" (Victoria Ocampo, por ejemplo). También influye la historia comarcana en esta preponderancia de la figura femenina: historia próxima, relacionada con la gesta sanmartiniana que, a causa del alumbramiento del Ejército Libertador debió dejar sin duda muchos hogares sin protección viril, exclusivamente bajo tutela femenina. Y si nos remontamos más atrás, hasta los orígenes mismos del mestizaje que dio vida a nuestra Mendoza, encontramos que es precisamente a través de su madre india que el criollo se religa con la tierra. La mujer se eleva así a la categoría de matriarca y pone de relieve ese vínculo, esa mediación entre el hombre y la realidad. Este se manifiesta de manera diferente en los tres autores considerados: si en Abelardo Arias toma una dimensión más carnal y no llega a su plenitud (en la novela considerada, ya que en *Alamos talados* la figura de la matriarca es indiscutible), en Draghi se eleva a una categoría que suma el medio físico y una serie de esencias espirituales que entran en el campo de lo misterico y de remotas resonancias precolombinas; para elevarse finalmente, con Javier Pacheco, a una dimensión trascendente, de índole claramente religiosa:

"Tu sangre y tu tierra tienen un sello que nadie podrá tapar jamás y que tú percibirás mejor en las claras noches de cielo estival: el que traza la Cruz del Sur. Meridional y cristiano has nacido tú, último vástago de mi familia, y ruego a Dios que te mantenga como tal."³⁸

38 En Javier Pacheco. Op. cit. p. 199.